

Un terror de Ministro



Debe ser terrible trabajar al lado de ese Ministro. Y desde hace tiempos venía con ganas de decirlo, porque uno no se explica cómo pueden soportar los funcionarios a un Ministro de esa categoría.

Si se entiende que la labor de un ministro es llevar más o menos adelante los programas de su dependencia, atender innumerables visitas todos los días, ganarse varios cientos de colones por las directivas de instituciones autónomas, salir una vez a la semana a alzar chiquitos en los pueblitos pobres, aceptar obsequios y granjerías, decir lindezas del Gobierno o más disimuladamente del partido, viajar constantemente por el extranjero con exuberantes viáticos y una serie de actividades más que lindan con la más acomodada vida de los burócratas; si se entiende -decía- que todas esas llegadas tarde, todos esos cocteles, son la función de un ministro, entonces no se explica uno cómo puede alguien soportar a ese Ministro.

Un día de estos entró al despacho a las 7 de la mañana. (Yo había pasado mala noche y llegue a esas horas de la madrugada dispuesto a esperarlo hasta las nueve). Se mantuvo allí todo el día. Salió a las 7 de la noche y al mediodía se comió un sandwich mientras firmaba documentos. Más luego, sin salir de mi aturdimiento, me enteré que esa era su jornada normal, y la verdad, no quise creerlo.

Silenciosamente sin que lo supiera la prensa y sin que se despertara la tradicional algarabía politiquera, lo vi salir muchas veces hacia un pueblito cualquiera con una donación del Gobierno y un montón de cosas más debajo del brazo. Supe que allí se alojó modestamente y comió la tortilla de queso campesina con más naturalidad que sus acompañantes labriegos.

Después de permanecer normalmente casi diez horas diarias en el despacho, de redactar, dictar, firmar y poner en movimiento decenas de cartas por día, determinar a cada instante las políticas de su área y estar listo para cualquier asunto o llamada telefónica por más modesta que fuera su procedencia, cuando me enteré que iba a salir al extranjero, resultó para mí toda una noticia. Digna de primera página. Era su primera salida después de varios años de Gobierno.

Supuse lógicamente que en la gran ciudad sureña se alojaría en el mejor hotel, gozaría de los \$50 diarios por viáticos en el extranjero, aprovecharía una jugosa suma por gastos de representación y, claro, todo eso después de un viaje en primera clase y obviamente de la bolsa del Estado.

Nada ocurrió como yo supuse. Resulta que el Ministro consiguió que lo invitaran personalmente para no sacrificar al fisco, que se alojó muy humildemente donde unos amigos, q' no gastó un centavo del erario público, que el viaje fue incómodo con una larga escala en Panamá de cuatro horas y que, para acabar de sorprenderme, había pedido sus vacaciones legales, para no utilizar su tiempo laboral.

Yo me dije: eso no puede ser un ministro. No dicen acaso que los ministros la pasan muy bien, que bajan de un avión y suben al otro, que gastan poco tiempo en su oficina, que adulan y conceden puestos a los de su partido para asegurar su supervivencia, que cambian de parecer para obtener muchos miles de colones, que viajan de una fiesta a la otra, que tienen un horario flexible, que se limitan a la politiquería disimulada para asegurar otro puesto carnoso en el nuevo período de gobierno?

¿No dicen que los ministros son como los diputados, que quieren carro sin impuestos y que dejan todo para más tarde aunque se les meta Vesco en la cocina o cualquier otra cosa peor que eso?

No, me dije. Eso no puede ser un ministro.

Y no es un ministro. Es una Ministra. ¡Un terror de Ministra!